»En este orden de consideraciones, Toledo tiene pendiente una deuda de gratitud y ha llegado ya el tiempo de satisfacerla. Un toledano ilustre, por su privilegiada inteligencia, su infatigable laboriosidad, su amor al pueblo que le vio nacer y sus excelentes producciones literarias, pasó á mejor vida en el año 1874, y nadie se ha cuidado hasta ahora de dedicarle el más insignificante recuerdo. D. Antonio Martín Gamero, cronista de la ciudad, crítico imparcial y juicioso, arqueólogo erudito, jurisconsulto eminente, hablista consumado, legó á su patria un monumento de gloria en la *Historia de Toledo*, la más completa de cuantas se han publicado hasta el día, y merece ocupar un lugar distinguido entre los escritores de nuestra época.

»La Comisión de Monumentos históricos y artísticos, que cuenta en el ya largo catálogo de sus vicepresidentes á tan lozano ingenio, y conserva recuerdos indelebiles de su ilustradísima cooperación, intérprete del sentimiento público, se dirige hoy á V. E. pidiendo para D. Antonio Martín Gamero la misma distinción que el Ayuntamiento de Madrid ha concedido recientemente á otro insigne escritor contemporáneo, á D. Ramón de Mesonero Romanos, cronista de la coronada villa: que se dé á la calle de Obra Prima el nombre de *Calle de Martín Gamero* y se coloque una modesta lápida conmemorativa en la casa donde nació y murió el moderno historiador toledano. La pretensión se recomienda por sí sola y es dado suponer que hallará favorable acogida en la Corporación municipal, celosa siempre de la honra de sus administrados. No ha de querer pecar de ingrata y olvidadiza esta antigua corte, que por sus brillantes tradiciones no reconoce rival en el libro de la historia, cuando tan alto ejemplo acaba de dar de las virtudes contrarias la moderna capital de la nación española. Dios guarde etc.»

Como era de esperar, el Municipio deferido gustoso á los deseos manifestados en este mensaje, haciendo suyo el pensamiento y acordando en la sesión ordinaria celebrada el día 23 del mismo mes, que una comisión de su seno propusiera los medios más adecuados de llevarle á la práctica; solicitóse y se obtuvo poco tiempo después el correspondiente permiso del dueño actual de la casa núm. 4 de la calle de Obra Prima, y en 9 de Mayo siguiente la Comisión de Monumentos recibió el honroso encargo de redactar la inscripción que había de grabarse en la lápida conmemorativa por considerar el Excmo. Ayuntamiento «con indiscutibles títulos para tal distinción» á las personalidades que constituyen el instituto artístico-científico de quien había partido la iniciativa.

Procurando corresponder á tan exquisitas deferencias, la Comisión redactó y remitió á la alcaldía en 5 de Julio de expresado año el siguiente modelo de inscripción:

AQUÍ NACIÓ Y MURIÓ
EL DISTINGUIDO ESCRITOR
DON ANTONIO MARTÍN GAMERO
CRONISTA É HISTORIADOR DE LA CIUDAD IMPERIAL

EL MUNICIPIO DE TOLEDO LE DEDICA ESTA MEMORIA
Á INSTANCIA
DE LA
COMISIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS
AÑO DE MDCCCLXXXVII

Reclamo, pues, para la Comisión de Monumentos que, según cuentan las crónicas, no hace más que dormir el sueño de los justos, la paternidad del pensamiento de honrar la memoria de este insigne cultivador de las letras patrias.

Si se me preguntara cómo, después de allanados los primeros obstáculos, no se han traducido en hechos al cabo de dos años los buenos propósitos de la municipalidad, me vería precisado á enmudecer. Ni la escasez de recursos, que suele ser un pretexto muy socorrido en tales casos, puede alegarse como disculpa en el presente, dado que un par de azulejos y una lápida de mármol se hallan al alcance del más pobre de nuestros municipios. Una triste y dolorosa experiencia nos enseña que las ideas más nobles, los pensamientos más fecundos y trascendentales en el orden moral han de pasar forzosamente en España por un largo período de gestación, si no media algún interés político, aun concurriendo todas las circunstancias favorables para su desarrollo.

Gracias anticipadas por la inserción de estas líneas y en testimonio de afectuosa consideración B. L. M. de V. S. S. S.

JUAN G. CRIADO.

Toledo 7 de Mayo de 1889.

LA TERTULIA DE LOS MUERTOS

CORRE el que fué año de gracia y gloria 1808 de nuestra era. Un maestro de cantería, nombrado Luciano Martín Forero, recibió encargo, de la Obra y fábrica de la iglesia primada, de reparar la bóveda que hay bajo el pavimento de la capilla general ó de Santiago, acompañado de auxiliares de la confianza del cabildo.

Todos sabemos, que la que fué capilla de Santo Tomás Cantuariense, allá por los años de 1177, es actual sepultura del celeberrimo condestable D. Alvaro de Luna y sus más allegados parientes, que duermen el sueño de la muerte en desusada y singular manera.

Aprestábanse Martín Forero y los suyos á levantar la losa del suelo, cuando apareció extraña y singular figura de viajero, á quien permitió el paso la recomendación de un *dignidad* del cabildo.

Era el tal señor, entrado en los cincuenta años, curtido de piel y enjuto de carnes; de color parecido al del pergamino, y de chispeante y escrutadora mirada que rutilaba inquieta tras dos enormes cristales cóncavos engarzados en recia armadura de plata.

Luenga la levita, dejaba flotar sus amplios y plegados faldones como si fueran gualdrapas de caballo pintado en cuadro de época. El sombrero, un rollo de papeles, y los demás detalles del personaje le caracterizaban, á primera vista, de sabio despreocupado é investigador sempiterno.

El curioso devoraba con su mirada las manos de los canteros, esperando el ansiado momento en que la losa que está delante de la primeragrade del monumento sepulcral, abriera paso á sus ojos para penetrar en el misterioso enterramiento del privado de D. Juan II.

La piedra cedió: una escalera esmeradamente hecha, conduce á la cripta; una

vez en ella, podrían verse los ataúdes en que se encierran los cuerpos de D. Alvaro de Luna, D.^a Juana de Pimentel, de su hijo D. Juan, de D. Pedro y de Cerezuela.... Acaso podrían abrirse.... investigar.... ¡La verdad, que para un rebuscador de antiguallas, era un momento parecido al de descubrir una momia egipcia en su enterramiento faraónico!...

La escalera sirve para descender á una hermosa bóveda pintada de encarnado. Los canteros y el curioso, bajan silenciosos á la fría mansión de la muerte, conteniendo el aliento y pisando quedo, como si la aspiración del aire y el repercutir de sus pasos profanasen aquel lugar de reposo.

La sombra proyectada por una arista del farol que conduce el guía, hace creer á nuestro viajero que se ve el primer féretro....

¡Ahí está! exclama.... Pero, el alumbrante lanza un grito; el farol rueda por los escalones; su luz se apaga; las tinieblas envuelven á todos, y el pánico á los más....

¿Qué sucedía?

.....
Mirado el caso con alguna imparcialidad, la cosa no era para menos.

En nuestros tiempos y á nuestros hombres, no hay que tacharles de espantadizos ni soñadores porque el asombro y la estupefacción invadiera sus ánimos.

Encendido el farol, y repuesto el que le conducía de su sobresalto, halláronse Forero y los suyos ante una sorpresa que desquició al filósofo husmeador de bibliotecas y rincones; y más parecía poseído de Leviathan y sus émulos, que hombre sesudo y de reposado juicio.

En vez de hallarse ante una agrupación de ataúdes encubridores de humana podredumbre, en los que rígidos y momificados miembros en tensión horizontal caracterizaron la inercia pavorosa de la muerte, halláronse los esqueletos sentados en sillones antiguos, en torno de una mesa, sobre la que estaba uno de los cráneos separado del tronco (1).

Todos hemos visto á los muertos echados sobre algo que semeja el eterno lecho.... Ver á la muerte usurpando las actitudes flexibles de la vida, y esas posturas que parecen precursoras de otras, en los cuerpos que no pueden variarlas, sino por causas sobrenaturales (2); ha de producir sensación extraña y pavorosa más que suficiente á dejar que rueda un farol al que no esté prevenido para presenciarla.

El hecho fué tal y como queda relatado. Pero así como al famoso D. Quijote de la Mancha se le revolieron en el calestre todas las leyendas de la caballería, cuando las figuras del retablo de maese Pedro desarrollaban la acción dramática que produjo su embestida; nuestro curioso amante de la historia, al ver la extraña manera de enterramiento que se dió al de Luna, prorrumpió en la siguiente peroración:

—¡Oh, señores! ¡Cómo podía yo sospechar que me esperaba tamaña sorpresa!

(1) El Sr. Parro, en *Toledo en la mano*, tomo 1.º, pág. 386, nota 1.ª, refiere el relato de Martín Forero, á quien conoció ya anciano. Otros también lo atestiguan.

(2) Excluyendo la electricidad.